



LA MAÑANA

EL DIARIO QUE DICE LO QUE OTROS CALLAN

PRECIO

\$ 0,80

AÑO IV - N° 1327

Martes 14 de noviembre de 1994

Comodoro Rivadavia - Patagonia Argentina

32 Páginas

TENSION Y MUERTE EN MEDIO ORIENTE

Y DIJO... NO OBEDECERÁS

INCURSION ARMADA EN TERRITORIO ENEMIGO

Fuerzas especiales
penetraron anoche
10 kilómetros adentro
del territorio rival.
Hubo enfrentamientos
cuerpo a cuerpo.



OTRO DIA DE SANGRE

EL SALDO
DE LA MISION

17
BAJAS
PROPIAS

23
BAJAS
ENEMIGAS

INFORME ESPECIAL
PAGINAS 2 A 7

UN PUEBLO BAJO FUEGO

Testimonios exclusivos desde el lugar del ataque



¿HASTA DONDE LLEGARA LA VENGANZA?

Analistas internacionales advierten
que la escalada de violencia podría
desatar un conflicto de consecuencias
impredecibles.

PAGINA 3

ADEMAS EN ESTA EDICION

ESCANDALO EN EL MINISTERIO

Acusan a un funcionario
de desviar fondos
millonarios.

PAGINA 12

ROCK NACIONAL EN CRISIS

Las bandas denuncian
censura y persecución.

PAGINA 24

POR O. M. SOTO-CUDNOCH

"Cuando el poder interpreta las escrituras
a su manera, la guerra se convierte en
obediencia y el asesinato en mandato."

- Pagina 15 -

LA VERDAD
QUE NO
QUIEREN
QUE LEAS

PAGINA 15

**Super
OFERTAS!**

SOLO HOY!
EN PAGINA 31



ELECTROSHOCK
TU TIENDA AMIGA

"Y dijo... no obedecerás"

Los veranos en Poznań son perfectos ¿O no? La temperatura es alta, pero no demasiado. Hay flores en cada rincón y las calles están llenas de jóvenes festejando su libertad.

Por las noches, uno de los mejores lugares para celebrar es en uno de sus pubs. Puedes probar cervezas de Europa o mejor aún, las locales.

Y es aquí donde ocurrió nuestra historia. En un pub cualquiera, de un día cualquiera.

Se juntaron varias mesas y los chicos y chicas comenzaron a tomar cerveza. Uno que ya había bebido suficiente se puso de pie y preguntó: ¿Y tú de dónde eres? El otro dice: Australia. Y todos: “¡Bien! Un brindis por Australia”, y todos bebieron. Otro preguntó: ¿Y tú? —Yo soy de Islandia.

“¡Guau, Islandia! ¡Súper, un brindis por Islandia!”

Siguieron preguntando de dónde era cada uno. Tres chicos esperaban su turno; les preguntaron también: —Somos de Argentina.

Y todos: “¡Sí, viva Messi!” Otro brindis.

Luego llegó el turno de una chica guapa de largos cabellos enrollados. —¿Y tú de dónde eres? —le preguntaron.

Ella dice: Israel.

Todos se callaron. Ya nadie dijo nada más, nadie quiso brindar. La quedaron

mirando. Algunos bajaron la vista. Otros simplemente se levantaron y se fueron. Hubo alguien que dijo una grosería. Ella miraba al chico que estaba enfrente, el que había hablado último, el argentino. Él también la miraba, serio.

Comenzaron a retirarse, uno a uno. Los amigos del argentino se levantaron; cuando estaban en la puerta, vieron que únicamente él estaba con la chica. Se habían quedado los dos solos. Las otras personas en el pub estaban en otros asuntos, no sabían qué pasaba. A nadie le interesaba.

Los amigos lo cuestionaron:

—¿Qué haces? Ven con nosotros, bobo. Te va a convencer de algo...

El chico seguía en la mesa, sin saber bien qué hacer. Luego respira profundamente, se da vuelta y dice:

—Ustedes vayan, yo después los veo en el hostel.

Los amigos menearon la cabeza y dijeron algo sobre “mujeres...”

El chico miró su cerveza casi terminada. Ella ya no tenía. Le preguntó:

—¿Te traigo otra?

Ella lo miró sin entender.

—¿No escuchaste a tus amigos? Soy el demonio.

—No me gusta que me digan quiénes pueden ser mis amigos.

Él preguntó:

—¿Eres soldado?

Ella asintió.

Él se puso de pie:

—Voy a traer dos más, tenemos que hablar. —Dijo con una expresión de resignación.

Volvió unos minutos después. La chica tenía los ojos rojos.

Él empezó a hablar:

—Mira... ya conozco lo suficiente la historia como para saber que no siempre las cosas son blanco o negro. Como dicen por ahí, a veces hay blanco en el negro y viceversa.

Le acercó la cerveza a la chica.

—Yo sé lo que ustedes están haciendo... Pero es poco lo que puedo hacer para detenerlo. Lo que veo acá, conmigo, es a una persona de un país que, cuando nosotros tuvimos problemas, —se abre la camisa, debajo tiene una camiseta de la Selección Argentina— y todo el mundo nos negó ayuda, armas o lo que fuera, tu país nos las envió y nos preparó aviones nuevos para defendernos de los ingleses.

Eso lo sé. Eso sé que es verdad. Sé también que para ustedes fue peligroso, dependen de las armas de

EE.UU., y les dijeron que no para ayudarnos.

También sé por qué lo hicieron: cuando el mundo los estaba matando, mi país recibió a tu gente y nunca les dio problemas. Jamás.

Ustedes lo saben. Nosotros lo sabemos.

La chica había cambiado su expresión, se la veía alterada.

—Lo que veo ahora es a una chica despreciada por todos. No sé qué hiciste exactamente, y no quiero saber. Pero quiero que sepas que mientras yo esté acá no estás sola.

Ella lo escuchaba, quería poder controlarse. Su pecho tenía espasmos por no dejarse llorar. Él tomó su cerveza y esperó a que ella se tranquilizara.

Ya con una voz un poco más firme, ella dijo:

—Tus amigos deben pensar que eres un tonto, los otros que eres igual o peor que yo.

—Lo que ellos piensen no importa mucho. Importa lo que estamos hablando acá. Quiero pensar que nos vamos a decir la verdad.

Ella se limpió la nariz con su manga; ya no intentaba parecer elegante o educada. Tomó el vaso de cerveza y comenzó a beberlo. No un sorbo. Bebió la mitad de una vez.

—Si te contara las cosas que hice, te irías también. Yo no me puedo perdonar lo que hice, lo que hicimos. Pero no me puedo escapar de mí misma, aunque me gustaría.

Ella quedó con la vista en su cerveza, que no podía seguir tomando.

Él continuó:

—Yo tampoco tengo la entrada al cielo asegurada.

Ella lo miró con piedad.

—No importa lo que hayas hecho, no hay forma que sea peor. No me criaron para convertirme en esto. Ahora tengo unos meses de vacaciones, vine al país de mis abuelos. Pero no sé si puedo volver... si quiero volver. Estuve pensando en las alternativas. Todo el día y ahora tú... tú me tiras esto en la cara.

—¿Te tiro qué? —preguntó el chico.

—¡Esto!

Silencio entre ellos. El pub seguía su vida, apartada de la pequeña tragedia en esa mesa.

Ella le dijo:

—Qué curioso que es el mundo. A veces parece que somos como actores en una película o en una tragedia.

Antes de venir a Poznań estuve en Barcelona; ahí conocí a un compatriota tuyo: Tadeo, y me contó una historia.

Dijo que es tu novela nacional o algo así.

—Martín Fierro —interrumpió el chico—. Poema nacional.

—Sí, ese. El Fierro.

—En un momento de la historia, un personaje, un señor medio salvaje, tiene que trabajar como soldado, a la fuerza. Lo llevan para capturar a un gaucho fugitivo, Fierro. —decía la chica, como viendo a los gauchos— Los soldados o policías eran muchos; Fierro estaba solo, pero peleó valientemente. En un momento, este soldado grita que no aceptará que maten a un valiente. Se quita sus jinetas y se pone del lado del criminal, peleando contra los otros soldados. Cuando me lo contó dije: “¡Qué horrible! ¡Se puso del lado del criminal!” No lo entendí... dejar de lado una carrera, una vida. Qué estupidez. Me pareció una estupidez...

La chica miraba su cerveza.

—El criminal no era Fierro. Era él.

La chica cerró los ojos, se tomó la cara y gritó. Puso su cara contra la mesa. El muchacho se asustó un poco; se acercó un camarero:

—¿Estás bien? ¿Qué pasó?

El muchacho la miró. Ella se enderezó de nuevo. Estaba con la cara desfigurada. Casi escondiéndose con sus brazos y mangas.

—Perdón, estoy bien, perdón —le dijo al camarero.

Este finalmente se fue.

La muchacha se miró las manos.

—Mi mamá me decía que tenía manos de bubaleh. Que yo era su bubaleh. Si supiera mamá lo que su bubaleh hizo con estas manos. Hubiera sido mejor cortarlas cuando era un bebé.

El muchacho le tomó la mano.

—Quizás podemos salir a caminar un

rato. ¿Qué te parece? La ciudad es linda de noche.

Ella asintió. Se puso de pie y tomó su chaqueta.

Cuando ella había entrado al pub, el muchacho la había visto: cabellos largos, guapa, alta, tenía cierta altivez dada su belleza. En ese momento en que salían, era una sombra de esa otra chica. Ya no la sostenía su apariencia. Ahora se veía en ese espejo que muestra quién eres de verdad. El espejo que tanto temían los griegos.

Salieron del pub abrazados. Ella apenas podía caminar.

Caminaron un rato, casi al azar por las calles de piedra del centro de la ciudad. En el centro del Casco Viejo hay un hermoso edificio, el Ratusz, la casa donde trabaja el jefe de la ciudad, y frente a ese edificio hay una columnata coronada por una estatua: el Pręgierz, el verdugo.

El muchacho se sentó en el cordón de la vereda y le dijo:

—En este lugar se juzgaba a los criminales. Se les exigía que dijeran la verdad. Ya no hay verdugos... bueno, tal vez sí.

Ella se sentó al lado. Miró la estatua del hombrecillo metálico allí arriba. No podía dejar de mirarlo. Luego bajó la mirada y preguntó:

—¿Cómo se llamaba ese soldado, el que cambió de bando?

El chico dijo casi por instinto:

—Ese era el Sargento Cruz. Desde ese episodio se hicieron amigos, casi hermanos. Incluso después de la muerte. Cruz es herido mortalmente, pero le pide a Fierro que cuide de sus hijos.

—¿Y lo hizo? —preguntó la chica.

—Sí, claro que lo hizo. Como debe ser.

—Como debe ser —repitió ella.

Volvió a mirar la estatua.

El muchacho escuchó que ella murmuró algo en hebreo. De a poco, ella volvió a incorporarse; otra vez puso su espalda derecha. Respiró profundamente, una vez, y otra. De nuevo se sintió joven y atractiva. Lo miró con seriedad, como analizando cada detalle de la cara del chico. Se miraron así por un rato.

Luego lo abrazó; no lo quería soltar. Le dio un beso en los labios y se levantó. —Decir gracias no estaría bien. No es lo que debe ser. —dijo ella ya de pie. Se iba a marchar pero giró el torso hacia él, como una vieja escultura griega.

Puso dos dedos en sus labios y tiró un beso al aire:

—“Por Cruz...”

Dijo y se fue caminando por las calles de piedra. Caminó casi como bailando,

como quien está solo en casa y puede bailar y cantar sin que nadie lo juzgue. Finalmente se perdió en un cruce de calles.

El chico se quedó ahí, frente al verdugo, unos minutos más. Tal vez ella regresaría. Tal vez no.

Esa noche volvió a la habitación del hostel. Sus amigos dormían. A la mañana siguiente le preguntaron si al menos se había acostado con la asesina de niños. Él los ignoró y comenzó a hablar de fútbol, y todos se entusiasmaron con el nuevo tema.

Pasaron unas semanas, pasaron unos meses.

Un día, ya en su casa en Argentina, mientras el chico tomaba mate en la cocina de su casa, miraba las noticias en el teléfono. Entonces vio algo inusual: una noticia desde la BBC. En alguna parte de Gaza, un soldado

israelí había sido abatida por atacar a su propia unidad, al parecer mientras defendía a una familia gazatí. No había nombres ni fotos. Solamente un hecho aislado dentro de la locura de la guerra.

El muchacho se puso de pie y quedó helado.

¿Podría ser la chica de los cabellos largos? ¿Podría ser otra?

Volvió a leer la noticia. Sin nombres, sin fotos. Ni siquiera recordaba haber escuchado su nombre esa noche.

Solamente recordaba sus ojos y su cabello largo con rulos. Buscó en otros portales de noticias. Era la misma información con otras palabras.

Miró por la ventana de su casa. Afuera, unos niños jugaban a arrojarle agua con unas pistolas de plástico. Pudo ver su cara parcialmente reflejada en el vidrio.

Pudo ver otra vez las calles de piedra y el cabello largo con rulos. Sintió su

cara reflejada en un espejo imposible.
Y el reflejo le resultó insoportable.

FIN
